dose, y pocos minutos después reapareció rapado y sin cañones, como un seminarista, y mereciendo de la concurrencia alegre y prolongada ovación. Claro es que hube de cumplir lo prometido, entregando con regia majestad mi mano á los cariñosos labios del peluquero; pero aquella concesión no envolvía malicia ni trajo mercedes mayores.

Por aquella época, época triste que mi memoria hilvana, zurce y recompone difícilmente, me ocurrió la aventura más original y fuera de toda suposición ó cálculo, que creo le haya sucedido á ninguna mujer.

Severina me había presentado á una muchacha muy simpática, llamada Carmen Arellano, á la que luego perdí de vista y de quien no volví á saber hasta mucho tiempo después: era de mediana estatura y algo coja; parecía francesa; su almita, inconsciente y bohemia, la hacía desgraciada y adorable; teniendo todos los vicios, hubiera sido capaz, por amor, de vivir como una santa; como las mujeres de Gavarni y de Guillaume, era, simultáneamente, irresistible y fea; tenía la nariz torcida, y su rostro largo y pecoso terminaba en punta; los ojos eran azules y grandes; sobre su frente blanca, los cabellos indómitos y rojos ponían un casco sangriento. Carmen había sido querida de Enrique Cova, vizconde del Mármol, quien harto de perdonar y de ser engañado, la dejó: el recuerdo de aquel hombre rico y bondadoso constituía la única grandeza, el único timbre nobiliario de mi pobre amiga. No obstante, ella vivía feliz; ante el mañana incierto, rebozado en las negras hopalandas de la pobreza, Carmen reía; su imprevisión miraba á la miseria frente á frente, encogiéndose de hombros; jamás sus manecitas gráciles, aficionadas á todas las perversidades, regatearon una limosna.

Una noche cenábamos Carmen Arellano y yo en cierto cafetín solitario de la calle Infantas, acompañadas de un pelotari vascongado y de un *jockey*, á quienes mi amiga conoció aquella tarde no sé dónde. El jockey se llamaba Dagoberto, como el protagonista de una famosísima novela de Sué, y sin duda por esta circunstancia recuerdo su nombre; mi memoria, sin embargo, apenas recompone aquella figura empujada muy lejos en la noche de los viejos tiempos: era pequeño, delgado, la nariz larga; creo también que su cráneo, cubierto de pelo corto, terminaba en punta. El pelotari, alto, grueso, apoplético, parecía un coloso; la risa, retozándole por sus labios enormes, llenaba su cara; sus manazas velludas, abandonadas sobre el mármol del velador, ocupaban media mesa. Aquellos hombres, indudablemente, nos tenían á Carmen Arellano y á mí en poco. Desde la segunda mitad de la cena nos olvidaron completamente para abismarse en un diálogo insulso, concerniente á episodios y detalles de sus respectivas profesiones: el pelotari hablaba de saques, de rasantes, de boleas, moviendo en el espacio sus brazos hercúleos, indignándose contra el zaguero que le dejó perder un partido que ya tenía ganado: el jockey refería prolijamente sus últimas carreras; en la última montaba un magnífico potro castrado, castaño claro, tresalvo, lucero corrido hasta los hollares, y de pura sangre inglesa; había ganado por media cabeza... Hablaba entusiasmado, encogiéndose sobre la silla, cual si ya se sintiese lanzado hacia el horizonte, avanzando su mandíbula; mandíbula afilada de prógnata, que cortaba el viento; y su cráneo rojo parecía más puntiagudo. Carmen, con sus cabellos entortijados y rubios, que recordaban la ridícula peluca que el actor Bouffé se puso para pedir la mano de su prometida Carlota Gilbert, escuchaba atentamente al jockey: el vizconde de Mármol, su antiguo amor, también hablaba de caballos, y por esto aquella conversación la parecía escogida y de buen tono. Yo, aburrida, pensaba que, para tratar con tales gentes, de nada me aprovechaba saber francés ni tocar el piano.

A los postres, los hombres, hartos de discutir y animados por los vapores del café y del vino, pensaron bruscamente en nosotras: Dagoberto se acercó á mí; el

pelotari puso una mano sobre Carmen, como tomando de ella dominio y posesión. En el café sólo había dos ó tres parroquianos absortos en la lectura de los periódicos de la noche; nuestras voces resonaban alegrando el pequeño local; la luz abrillantaba el mármol de los veladores: un mozo, con su delantal y su servilleta al hombro, en pie ante la puerta de los billares, parecía una mancha blanca. De pronto apareció un cochero, ya viejo, gordo y bajito, envuelto en su recio capote gris, rojo bajo su gorra de hule; dirigióse al mostrador; Dagoberto le reconoció.

—Adiós, Eustiquio.

El interpelado volvió la cabeza sorprendido.

—Hola, señores.

El pelotari también le conocía de verle muchas tardes en el frontón. Eustiquio nos saludó tocándose ligeramente la visera con una mano: después sus ojillos, cínicos y brillantes se fijaron en mí.

—¿Dónde vas?—preguntó Dagoberto.

—Iba á pedir un café.

—Pues mira... déjalo para más tarde, porque ahora esta mujer y yo reclamamos tus servicios.

Eustiquio procuraba aplazar aquel compromiso algunos minutos, jurando hallarse transido de frío: concluyó por sentarse á nuestra mesa y beber una copa de coñac; entretanto no apartaba de mí sus ojos penetrantes, como buscando mi rostro entre sus recuerdos. Después todos salimos á la calle, despidiéndose Carmen Arellano y el pelotari de nosotros. Ya en la acera, ante la portezuela abierta del coche, Eustiquio dijo:

—¡De qué buenas mozas te acompañas, pillo!

Dagoberto reía, diciendo que me había conocido aquella noche, significando así no tener por mí interés ninguno.

—En tal caso—repuso Eustiquio,—ya me dirás mañana dónde puedo ver á esta joven.

Muchos días después Carmen Arellano y yo nos vimos en casa de Severina Aguilas: ella había reñido con el pelotari.

—Me dejó—dijo—porque yo no le convenía; le gustaba demasiado... ¿comprendes?... y desde que andaba conmigo perdía todos los partidos. Los buenos aficionados y los periódicos se quejaron...

Agregó:

—¿Y tú?

Yo me limité á decir que, pasada la noche en que conocí á Dagoberto, no había vuelto á verle, como era verdad. Pero me abstuve, contenida por un resto de pudor, de referirle la segunda parte, continuación ó apéndice de aquellas rapidísimas relaciones. El cochero Eustiquio Fernández fué á buscarme á mi propia casa sirviéndose de un muchachillo sobrino suyo. Yo, sin sospechar de quién se trataba, acudí á la cita. Al ver á Eustiquio, regordete y pequeño, con sus ojillos relucientes de fiera, su gorra impermeable de plato metida hasta las orejas y sus manos cortas terminadas por uñas corvas y negras, padecí un estremecimiento irrefrenable de repugnancia. Las primeras palabras de Eustiquio me tranquilizaron; él era un hombre práctico que sólo estimaba el dinero, agente capital, cuando no supremo y único de la vida, y, por tanto, no me llamaba para cortejarme; si para proponerme seriamente un negocio lucrativo.

—En cuanto la vi á usted—dijo,—tan señorita y tan discreta, pensé: «Esta es la mujer que necesito...»

Hablando así sus labios gruesos se distendían risueños sobre las sólidas mandíbulas, y los ojillos azules, de un azul claro, casi verde, brillaban.

—Si, rodando el tiempo—prosiguió,—mañana ó el año próximo, quiere usted tener relaciones amorosas conmigo, bueno; si no, es igual. Aquí sólo tratamos de ganar dinero.

Escuché, llena de curiosidad. Eustiquio Fernández vivía con su sobrina y una hermana ya vieja, en una cochera de la calle de Ceres; era viudo y tenía una hija que ya pasaba de los veinte años, dos caballos y dos coches. Si su hija le hubiese ayudado él ya sería rico, pues la muchacha, limpia y bien vestida, podía

competir ventajosamente con las más bonitas; pero era muy loca, y desde hacía algunos meses andaba con un pelagallos que no tenía ni jergón sobre donde caerse muerto. Por eso él, Eustiquio Fernández, al conocerme, pensó en mí. Continuó explicándose. El oficio de cochero es malo y reditúa poco; hay muchos vehículos de alquiler; las carreras, por largas que sean, se pagan á peseta; los servicios por horas aspean el ganado y apenas producen un duro; además, las empresas de tranvías dieron á la profesión de auriga, ya muy estropeada por la concurrencia, un golpe fatal. Eustiquio era hombre fecundo en iniciativas inmorales: su amistad con un repartidor de periódicos y novelas por entregas, le inspiró la idea de editar libros prohibidos; luego cambió de opinión y pensó instalar un cafetín económico servido por mujerzuelas; pero acabó rechazando ambos proyectos, temiendo aventurarse en empresas difíciles. La idea, sin embargo, de que el vicio es fuente segura de riquezas, robustecida por los ejemplos de la experiencia diaria, no dejaba de obsesionarle. Al fin creía haber hallado un negocio raro, excelente, enteramente nuevo; y la originalidad es madre del éxito.

—Las mujeres—prosiguió Eustiquio—que andan por la calle llamando á los hombres, por guapas que sean, ganan poco, pues las joyas parecen tanto peores cuanto más modesto es el escaparate donde se exhiben. Para ganar mucho, no bastan buenos vestidos, sino que son necesarias también la protección de un banquero ó de un artista célebre; ó lo que es igual: una leyenda, un nombre que haga volver la cabeza á las multitudes. Esto es muy difícil... Por eso, si usted quiere, y contando con su absoluta reserva, haremos un trato: usted buscará á los hombres de noche y en la calle, pero no á pie, sino en coche. Cuando vayamos de rebusca, yo llevaré el caballo al paso y siempre cerca de la acera; lo demás, es cuenta de usted: si algún caballero quiere acercarse, usted me manda parar y yo obedezco, fingiéndome inocente de todo; usted entonces me indica una dirección cualquiera y ya es difícil que el galán, una vez dentro del vehículo, se resista á pujar la aventura hasta el fin. Ahora bien: yo cobro por cada servicio el cuádruple de su valor: por una carrera, cuatro pesetas; por una hora, ocho. Y no soy exigente; todo lo demás, para usted. Después, de lo que el caballero, al marcharse, me abone con arreglo á tarifa, cobrará usted un cincuenta por ciento. Medítelo usted bien: creo que mis proposiciones no pueden ser más ventajosas ni más claras.

Mientras Eustiquio Fernández hablaba, le observé atentamente, pareciéndome imposible que aquel cráneo deprimido, colocado entre dos orejas peludas y grandes, fuese capaz de tan rufianesco ingenio. Desde luego agradóme el negocio: recordé aquellas noches crueles de invierno en que la necesidad me obligó á caminar muchas horas bajo la lluvia y sobre el barro, recogiéndome las faldas graciosamente, procurando que el cansancio no helase la sonrisa de la lasciva provocación en mis labios, ni restase ritmo ni gallardía á mis movimientos: siempre es agradable andar en coche; el calzado no se ensucia, los cabellos no se desrizan; repentinamente me entusiasmó imaginando la silueta de aquel coche, rodando á través de Madrid convertido en alcoba ambulante; una alcobita acolchonada y muelle, con visillos azules, que el perfume de mis vestidos aromaría muy pronto.

El trato quedó hecho; Eustiquio y yo nos separamos acordando reunirnos al día siguiente, á las cinco en punto de la tarde, frente al Ministerio de Hacienda, y conviniendo también en arreglar cuentas todas las noches, á fin de evitar errores perjudiciales á la armonía y bonancible curso de nuestra sociedad. A la cita los dos acudimos puntualmente: el coche de Eustiquio relucía como una bota de charol; yo llevaba una elegante capa de pieles, blusa roja de seda y un sombrero negro con plumas blancas que me había costado cien pesetas, si mal no recuerdo.

Invitéronla á dar por la habitación algunos paseos.. (Pág. 36)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Las horas crepusculares favorecen las aventuras amorosas; son horas tristes que vierten sobre el ánimo intensa melancolía; los muebles naufragan en la penumbra de las habitaciones; los cortinajes afectan contornos antropomórficos imponentes; los divanes parecen ataúdes cerrados; sombras fantásticas danzan sobre el estuco de las paredes. Entonces los hombres huyen á la calle, buscando distracciones que les permitan entretener agradablemente el tiempo que aun falta para la hora de cenar: la luz del alumbrado, combinándose con la crepuscular, produce una claridad extraña y alegre; mujeres elegantes invaden los comercios; la perspectiva de la noche que empieza estimula las pasiones masculinas; la necesidad de comer parece recordar la utilidad de la hembra; es la hora romántica de lo imprevisto y de lo raro. Luego me he persuadido de que también las calles, como los individuos y las horas, tienen su psicología; esto los mendigos y las lumias del arroyo lo saben: hay calles antipáticas donde jamás nos sucederá nada agradable.

Eustiquio conducía su coche pausadamente por la calle de Alcalá, procurando mantenerse cerca de la acera; yo miraba á los transeuntes, asomándome un poco á la ventana, y el aire tremolaba las largas plumas de mi sombrero. Al pasar por delante de Fornos, un caballero reparó en mí; yo le llamé sonriente, haciendo con la cabeza un signo afirmativo. El preguntó señalándose con un gesto:

—¿Es á mí?

Repuse bajando la cabeza reiteradas veces:

—A usted.

Acercóse á la portezuela.

—Señorita...

—¿Quiere usted dar conmigo un paseo?

El caballero pareció muy sorprendido y contestó:

—¿Dónde iremos?

—Donde usted quiera.

Consultó su reloj; eran las cinco y me-

33989

dia; viendo á la mujer pensó, sin duda, en la cena, y todos sus apetitos se desperezaron. Sin hacerse rogar subió al vehículo, sentándose á mi lado. Yo le grité á Eustiquio:

—¡Al Hipódromo!

Mi desconocido galán me cogía las manos acariciándomelas, llevándoselas á los labios.

—¿Me conoces?—preguntó.

—No.

—Entonces, ¿cómo me llamaste?

—¡Qué sé yo!... Porque me gustó usted...

De pronto el hombre pareció contrariado y remiso; sin duda recordaba algún quehacer importante; pero yo, sin darle tiempo á reflexionar triunfé de todo echándole los brazos al cuello; las mujeres, como los taberneros, administramos y repartimos la locura; un beso equivale á un buen vaso de vino, y el desgraciado que trasiega más de un vaso, se vuelve loco. No obstante, mi nuevo amante, cumplidos sus deseos, me dejó dos ó tres horas más tarde. Después de cenar, Eustiquio me llevó en corso á la salida del teatro Apolo: aquella vez también la suerte nos fué propicia; el pobre caballo trabajó hasta la madrugada. Cuando volví á mi casa había ganado veinte duros, de los cuales hube de entregar á Eustiquio Fernández más de treinta pesetas.

13 Noviembre.

Tan extraordinario modo de vivir duró varias semanas; mis ganancias eran considerables; Joaquín Antón y Teodora, que no se hartaban de explotarme, obligándome con lágrimas en los ojos á pagar todas sus deudas, estaban satisfechísimos; Eustiquio, que logró ver su coche siempre alquilado, se había comprado una librea nueva; como empezábamos á ser populares entre cierta clase de gente distinguida, el gran socarrón me trataba con ceremonioso respeto, llamándome «señorita» á boca llena y cuadrándose junto á la portezuela con la gorra de plato en la mano, cuando yo bajaba ó subía, recogiéndome las faldas y apoyando limpiamente sobre el estribo mis zapatito de bordado tafilete.

El amor acudió á romper aquellos lazos con que el interés nos unía. Una tarde de Marzo pasaba yo en coche por la calle de San Bernardo, á tiempo que salían de la Universidad varios estudiantes. Uno de ellos me impresionó; era alto, delgado, moreno; llevaba traje negro, botas de charol y sombrero cordobés; una sola mirada bastó á explicarme los detalles de su persona: los pantalones abotinados, la americana corta, la camisa con cuello bajo adornado por una larga y fina corbatita roja; cruzaba el chaleco una gruesa cadena de oro con vistosos dijes del mismo metal; en el meñique de la mano izquierda brillaban dos sortijas; iba completamente afeitado; bajo el doble arco de las pobladas cejas, los ojos juveniles ardían preguntándolo y deseándolo todo; la boca era grande y sensual; los negros cabellos peinados hacia adelante, según vieja y plebeya usanza española, se abullonaban sobre las sienes; iba hablando con otros amigos, y su voz fuerte, algo brusca, de mozo criado al aire libre en la libertad selvática del cortijo, removió mi alma. Aun á trueque de alarmar demasiado la atención de los transeuntes, llamé al simpático desconocido con la mano al mismo tiempo que mis labios y mis ojos y toda yo le sonreían. El se acercó titubeando; el coche se detuvo.

—Suba usted—le dije.

—¿Yo?—balbuceó.—Creo... señora, que me confunde usted.

—No, no le confundo; es usted á quien busco. Entre usted...

Y cuando le tuve á mi lado, grité á Eustiquio imperativa:

—¡Al Hipódromo!

Buen rato permanecimos mi acompañante y yo callados y perplejos, sin saber qué decirnos: él, cohibido en su inocencia, me miraba atónito; yo, sintiéndole tan cerca, experimentaba emoción inexplicable, como si algo antiguo y honrado despertase dentro de mí. No olía á esencias, como los barbilindos que infestan los teatros las noches de moda, sino á limpieza y á salud; la salud fuerte de las carnes bien soleadas; sus actitudes eran candorosas, sin afeminamiento; su aliento cálido atraía; había en él algo fresco y rústico que recordaba el pueblo, con sus bardales, sus casitas blancas, sus álamos balanceándose á impulsos de la brisa bajo el infinito azul...

—¿Por qué me ha llamado usted?—dijo.

—Por capricho.

—¿Cómo?

—Porque me gusta usted.

Se puso muy colorado, á pesar de los esfuerzos que sobre sí mismo hacía por aparecer sereno y hombre de mundo.

—Señora—dijo,—usted se ha equivocado; yo no puedo acompañarla á usted; no llevo dinero...

Aquella ingenua nobleza infantil me conmovió, enardeciéndome, animándome á tutearle, empujándome hacia él y como arrojándome en sus brazos.

—¿Quién te pide nada?—repuse;—esta noche, afortunadamente, tengo para cenar y dónde dormir; me gustas... ¿qué más quieres?

El volvió á ruborizarse, y, bien á despecho de su voluntad, bajó los ojos. Yo pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Pedro.

—¿De apellido?

—Francos.

—Pedro Francos... ¡Suena eso bien!...

Hubo una pausa.

—¿De dónde eres?

—De Extremadura.

—¿Estudiante?

—Sí.

Queriendo infundirle confianza, le dije mi nombre y el de mi pueblo, dándole á comprender que vivía con un viejo rico y nada celoso.

—Hace poco tiempo aún—dije—que llegué á Madrid. Tengo veinte años.

El me miró alborozado.

—¡Yo también!...

Y me examinaba con ojos llenos de candorosa elocuencia, explicándome cómo aquella identidad de edades nos acercaba. Al día siguiente volvimos á vernos y nuestras relaciones se afianzaron. Por las noches, después del teatro, Pedro me esperaba en la esquina de las calles Luna y Tudescos para pasear en mi compañía dos ó tres horas.

Los años, los placeres, los viajes, no han podido desvanecer todavía la impresión de aquellas intimidades deliciosas: Perico era menos vicioso que Diego Ferrer y menos gastado de alma, más cariñoso, más dulce; pronto me reconocí enamorada locamente de él, pero con ese verdadero amor, fiel y casto, cuyo rasgo característico en la mujer es el sacrificio: arrullándole con mis juramentos, acariciándole con la templada nieve de mis dedos, prometiéndole dichas y abnegaciones innúmeras, mi ánimo gozaba la exquisita emoción de la maternidad, que es abnegación y desinterés: aunque muy joven, las batallas de la vida habían endurecido mi voluntad, infundiéndome temple acebucheno y varonil. «El hombre — dice Thulié—es la lucha, la mujer es el amor.» Pero allí los términos estaban invertidos: Pedro era, ó yo, cuando menos, lo imaginaba así, el niño, la parte femenina y más débil; yo debía aconsejarle y defenderle de todo lo malo. Más de una noche, queriendo librarle de peligrosos tropiezos, le acompañé á su casa, permaneciendo en la calle después una buena pieza, hasta convencerme de que ya no volvería á salir. El, ¡pobre de mi alma!... también me quiso ciegamente. Repitiendo su nombre, mis ojos se arrasan en lágrimas: él es mi verdadero amor, y nadie creerá que fué entre sus brazos donde conocí por primera vez el deleite; el deleite físico, que produce en los músculos una sensación de calor húmedo; sensación recóndita, cual si á un tiempo se rompieran y derramasen tódas las venas...

El amor en los espíritus gastados es impaciente, y camina derechamente hacia la posesión, que en una pluralidad desconsoladora de casos es abatimiento y olvido: los corazones juveniles, por el

contrario, alargan gustosos el prólogo, rebuscando detalles, alejando la hora del dulce desenlace, enmascarando artísticamente su sensualidad con gasas románticas: hoy es él quien escribe una carta llena de promesas hiperbólicas; mañana es ella quien corresponde á esta fineza enviando á su amador un rizo de cabellos ó una cinta sobre la cual sus dedos temblorosos pusieron un nombre y una fecha; otro día se satisfacen paseando por el campo, paseo honrado, dado en pleno día, bajo el sol: caminan á la vista de todos cogiendo flores, jugando como niños; los labradores que trabajan inclinados sobre el surco, se yerguen un momento para verles pasar. Pedro y yo, menospreciando la intimidad de nuestra pasión, hallábamos siempre complacencia en los platonismos del amor puro. He oído lamentarse á muchos hombres de haber desaprovechado sus primeros años; la voluntad de un padre cruel ó la miseria, les lanzó al trabajo demasiado pronto y sienten la nostalgia de la niñez que no vivieron. Algo semejante ocurría en nosotros; ni Pedro ni yo conocíamos los placeres del noviazgo; él llegó á mí como yo caí en sus brazos y en los de Eduardo Olmedo, sin transiciones graduales ni preparación; la posesión brutal, acometiéndonos bruscamente como fiera que brinca sobre una presa, dejó la novela de nuestros amores sin proemio, introducción ni primeros capítulos; era, pues, necesario resignarse á leer una sola página: la última. Esto era horrible; nadie podría consolarnos de habernos rendido mutuamente, sin lucha, y de aquí nuestro anhelo de trocar las impresiones, justificando *á posteriori* aquel cariño: cambiábamos mechones de cabellos, flores secas, pensamientos ó claveles generalmente, cuidadosamente prensados entre dos hojas de un libro; y pañuelos, cintas, cartas; y como de estas cartas las mías eran siempre las mejores, Pedro me admiraba.

Dominada por aquel amor, descuidé los negocios; Eustiquio Fernández se quejaba amargamente; una tarde fuí á buscarle á su cochera para decirle que aquella noche no podía acompañarle, y le encontré malhumorado, rezongando amenazas y sin levantar los ojos del suelo. Mi altivo carácter rebelóse furioso contra aquel impolítico recibimiento y abarrisco le eché noramala, diciéndole que nuestra sociedad había concluído y pidiéndole como último favor que, si alguna vez nos tropezábamos por la calle, no me saludase. Así terminaron mis relaciones mercantiles con Eustiquio, de quien, desde entonces, no he vuelto á saber.

Aquel ligero contratiempo no tardó en proporcionarme otros mayores y más íntimos, pues vinieron á destruir la pequeña familia que la casualidad me había improvisado.

Los negocios de Joaquín Antón marchaban bien, pero eran insuficientes á sufragar los gastos que por todas partes se avecindaban como sombría y tupida falange de enemigos voraces: Antón malgastaba en la taberna la mitad del jornal y al día siguiente de una borrachera estaba embrutecido é inútil para el trabajo; los niños, además, iban al colegio y todo ocasionaba dispendios; los recibos de los espejos y demás muebles que compramos á plazos para la elegante instalación de la peluquería, eran presentados el día primero de cada mes con exactitud aterradora. Al principio yo, inconsciente y generosa, imponiéndome la ilusión de que aquella familia era mía, pagué todas las cuentas; las ganancias exhorbitantes que la amistad de Eustiquio me proporcionó, sugirieron á Joaquín Antón la sabrosa esperanza de vivir, él y los suyos, sin trabajar y á expensas mías. Pero repentinamente la situación cambió; yo me mostraba arrepentida de mi pasado, tenía un novio noble y bueno, al que amaba desinteresadamente y por quien era capaz de las mayores virtudes; quería pertenecerle en cuerpo y alma, defender su hacienda, alimentarle, si preciso fuera, con mi trabajo honrado: aquel hombre era para mí la regeneración, el refugio ó asilo santo de mi espíritu réprobo; Teodora y

Joaquín, lejos de alabar mi conducta, la censuraron agriamente: aquellos tardíos resquemores de arrepentimiento, eran un novísimo y repugnante aspecto de mi egoísmo: yo me enfurecí; ellos insistieron levantando la voz, tirándome á la frente mi miseria pasada: cuando me vi en Madrid hambrienta y sola, recurrí á ellos; después, fingiéndome desinteresada, les saqué de la modesta casita donde vivían para luego abandonarles en un local cuatro veces más caro y lleno de muebles que no podrían pagar.

—¿Por qué reñiste con Olmedo?—preguntó Teodora.

Y Joaquín Antón añadió:

—Todo eso y más merecemos por fiarnos de ciertas mujeres...

Aquellas acusaciones sólo lograron excitarme, poniéndome fuera de mí, inyectándome de sangre los ojos. Pisoteando mi buena educación les recordé las ochocientas pesetas qne con gran vergüenza y quebranto míos y para provecho suyo, había yo buscado.

—¡Devolvedme ese dinero—grité;—y os perdono lo demás!

También les humillé sañudamente recordándoles que, al recibir dicha cantidad, llenos de agradecimiento me besaron las manos, y que el pan que comían y la mitad de los muebles de aquella casa eran también míos y fueron adquiridos con billetes de Banco suciamente ganados. Hechas estas aclaraciones, que juzgué necesarias para deslindar los campos y dejar los puntos bien puestos sobre las íes, me despedí de mis innobles amigos, abominando de ellos y hasta de la hora, por sobradamente pagada, en que la fatalidad me les puso delante. Por la tarde Carmen Arellano, acompañada de un mozo, trasladó mi equipaje á casa de Severina Aguilas, donde Perico Francos y yo pasamos la noche; dos días después nos instalamos en una boardillita de la calle Espíritu Santo; un zaquizamí pequeñín, con cocina, cuartito ropero y dos habitaciones muy claras.

Los primeros tiempos pasados allí fueron dulcísimos: el día tres ó cuatro de cada mes Pedro iba á cobrar ciento veinticinco pesetas á casa de un amigo de su padre, y con este dinero y la severa administración que yo ponía en todo, no pasábamos estrecheces ni privaciones. Aquello fué para mí una resurrección milagrosa. Al reñir con Joaquín Antón y Teodora, parecióme borrado todo mi ayer repugnante y hediondo; me sentía despertar á otra vida, vida laboriosa, repleta de honrados quehaceres; vida llena de aire puro, de sol y de higiénicos afanes. No sé cómo el cuadro de la niñez cobró en mi memoria realce y glacis nuevos: recordé mi casa, mi casita blanca, con su espacioso huerto sembrado de árboles frutales y de flores; y el pueblo, perezoso y callado, con sus anchas calles polvorientas bañadas en luz: vi á mi madre madrugando con la aurora, descorriendo los cerrojos de la puerta, dando de comer á conejos que la recibían levantando las orejas y frunciendo sus inteligentes hociquillos; contando los huevos que las gallinas pusieron el día antes, sacando agua del pozo, riñendo con los aparceros, echando un vistazo á la ropa que dejó en colada la víspera, zapeando á los gatos vagabundos que rondaban el palomar, preparando luego en la cocina el desayuno de todos nosotros. Mi padre se marchaba al trabajo haciendo un cigarrillo de papel, con el ancho sombrero sobre las cejas y la chaqueta al hombro, y todo su aire imponente de perdonavidas irritado: mi hermana Milagro y yo, entretanto, corríamos por el jardín cogiendo mariposas. Tenía mi casa un carácter suigéneris, una psicología honrada que no he visto después en ningún hogar andaluz ni madrileño. Mi buen padre trabajaba siempre, unas veces sobre el surco, otras comprando y vendiendo caballerías por los pueblos comarcanos, y sin que su pensamiento ni sus esfuerzos se apartasen un punto de nosotros: laboraba para alimentarnos y vestirnos y asegurarnos un mañana tranquilo; aunque grave y de pocas palabras, la casa era su ilusión; hoy sembraba un árbol, mañana retocaba una pared ó recorría el tejado

tapando las goteras: para él, fuera de su mujer y de sus hijas, empezaba el vacío. Mi madre, dócil como una esclava, correspondía á esta abnegación con otra igual. La frase: «Cuando venga padre es necesario que ésto ó aquéllo esté hecho», no caía nunca de sus labios; por él se esmeraba en el lavado de las ropas, en la limpieza de los suelos, en el buen aderezo y pique de los guisos; todo era para ella asunto de cuidado y respeto; los objetos, aun los más pequeños, parecían derivación ó emanación del hombre amado, del dueño, que los adquirió y reunió bajo el mismo techo con su trabajo; dentro de nuestra intimidad, mi padre vivía aislado y como aparte: tenía su sillón, su toalla con la que nadie se secaba: desde que mi padre llegaba á casa, todos éramos á cuidarle. Mi madre gritaba continuamente:—«¡Niñas, no molestéis á papá!»... Nuestros juegos, nuestras risas, todo estaba subordinado á la comodidad del cabeza de familia; hasta en nuestros actos menores había, con relación á él, cierta ordenación y dependencia.

Estos recuerdos despertaron en mí una especie de segundo carácter ó naturaleza, y aun hoy mismo, á pesar del boato con que vivo, echo muy de menos aquellos tiempos: por eso creo que hay en toda cortesana que el vicio y los desengaños no corrompieron demasiado, una mujer casera, suceptible de ser económica y fiel, y una excelente madre de familia.

Lejos de distraer á Pedro de sus estudios, yo le estimulaba al trabajo, sintiéndome, simultáneamente, querida y madre suya. Y que no vean en esto los maliciosos el más leve resquicio ó barrunto de egoísmo: jamás pensé que Pedro Francos llegara á casarse conmigo, ni aún, que nuestros amores durasen indefinidamente: le quería desinteresadamente, porque sí, obedeciendo á la necesidad de llenar mi corazón con un afecto grande, sin otro deseo que el de que mi amado tuviese más adelante, cuando entrase en plena posesión de sí mismo, que agradecérmelo todo á mí. Por las mañanas yo despertaba á Pedro, sirviéndole el desayuno en un santiamén, ayudándole á vestirse, empujándole hacia la Universidad: yo me quedaba sola, barriendo las habitaciones, repasando la ropa, preparando el almuerzo, imitando á mi madre mientras iba creyéndome salvada y digna, como ella, de tener un hogar. En una jaula colgada delante de la ventana, cantaba un jilguerillo; el sol penetraba hasta el fogón, bruñendo el metal de las cacerolas, tendiendo en el espacio una barra de oro. Por las tardes Pedro y yo paseábamos; yo vestía sencillamente, no queriendo atraer sobre mi moralidad ninguna sospecha injuriosa, y si veía algún hombre conocido, la vergüenza agolpaba á mis mejillas toda la sangre: sonrojábame por mí y por Pedro, á quien mis pasadas miserias afrentaban. De noche, mientras él estudiaba venciendo la pereza, yo cosía, mirándole de cuando en cuando, con un codo sobre sus rodillas.

Pasado el invierno, surgieron inopinadamente disgustos terribles: los padres de mi amante supieron que su hijo vivía con una mujer, y autorizaron al amigo ó administrador encargado de pagar á Pedro sus veinticinco duros mensuales, para que con sereno pulso y mano firme nos separase. Mi buen Perico, transido de pena, acudió á casa de don Cayetano, que así se llamaba aquel pobre señor, y con lágrimas y solemnes votos de arrepentimiento, juró abandonarme no bien terminase el curso académico y siempre que él le prometiese no meterlo todo á barato y esperar algunos meses. Prometiólo así don Cayetano y merced á esta condescendencia no sufrí por entonces el golpe que había de herirme después. A mediados de Junio Pedro Francos se examinó aprobando dos asignaturas y quedando suspenso en Metafísica: terminado este último ejercicio era forzoso separarnos y nos despedimos, llorando como niños, hasta fines del próximo mes de Septiembre. El verano lo pasé muy triste y viviendo de mis empeños, ya que no podía hacerlo de mis ahorros. Pedro me escribía tres y hasta cuatro veces por semana; eran largas cartas inocentes, en las

que los errores ortográficos abundaban: todo ello, sin embargo, me parecía delicioso, y por las mañanas, temiendo que el cartero perezoso no subiese hasta las remontadas alturas de mi boardilla, salía á esperarle al zaguán. El, no bien me veía, se echaba á reir.

—¡Aquí tiene usted—decía:—carta de don Pedro!

Y me la ofrecía, levantando el brazo en alto, obligándome á ponerme de puntillas para cogerla. Aquellas cartas me forzaban, simultáneamente á reir y á llorar; en ellas Pedro repetía que necesitaba escribirme á hurtadillas de su familia, que su padre le había amonestado, censurándole su mala conducta y haciéndome responsable única de todo: también hablaban de trasladar su matrícula á otra Universidad. Yo, transida de dolor, le escribía recordándole nuestras horas de amor, excitándole á no olvidarme... A fines de Septiembre, no obstante, Pedro Francos regresó á Madrid; fuí á la estación y le encontré delgado y pálido, con la palidez biliosa de los que sufren moralmente. Hablamos del porvenir. Pedro me dijo que su padre prohibía rotundamente nuestras relaciones, pero que él estaba dispuesto á seguir conmigo aunque á ello se opusiesen cielos y tierra.

—Mientras mi padre—dijo—no quiera sujetarme, aprovechando mi minoría de edad, estamos bien, porque ni la miseria ni el desamor de los míos me intimida.

Recuerdo que acerca de esto hube de hacerle prudentísimas reflexiones, mas todas ellas cayeron en saco roto, que tales eran los deseos que ambos teníamos de vernos juntos otra vez. El mes de Octubre lo pasamos tranquilamente: en Noviembre comenzaron á empañar el azul de nuestro contento algunas nubes; á primeros de Diciembre presentóse don Cayetano en nuestra casa, diciéndome que debía separarme inmediatamente de Pedro si no quería echar sobre mi conciencia la grave culpa de haber hecho la desgracia de una respetable familia. Yo, rompí á llorar.

—¿Cómo dejarle?—exclamé;—por él soy buena. ¡Oh!... ¡Le quiero tanto!...

Don Cayectano se encogía de hombros.

—¡Bah!—exclamó:—todas decís lo mismo y después... nada. La pasión de usted es funesta para Perico; su padre no transige; usted será la causa de que ese pobre muchacho renuncie á su carrera... ¡y acaso á la probabilidad de un matrimonio ventajoso!

Francos terció en la conversación, concluyéndola violentamente.

—Puede usted, don Cayetano—dijo,—protegernos con un discreto silencio ó referírselo todo á mi padre; me es igual. Sólo quiero dejar bien sentado que yo, ni hecho trizas, me separo de Isabel.

Don Cayetano se marchó mostrándose pesaroso de tener que proceder enérgicamente en contra nuestra: las hostilidades quedaron rotas; las primeras escaramuzas nos fueron fatales; una carta que Pedro recibió de su padre poco después, nos convenció de que no habría cuartel ni caridad para el vencido. Desde luego nos negaban todo socorro pecuniario. Nosotros, sin embargo, no nos arredramos, sostenidos por la fe que la pujante mocedad tiene en el porvenir; y eso que no veíamos luz que nos guiara ni puerto amigo que nos diese amparo. Pedro era todavía demasiado niño para trabajar, y yo jamás me hubiese atrevido á insinuárselo; la juventud lucha, arremetiendo á la adversidad con la cabeza baja; pero los viejos y los niños, sabiéndose ineptos, se cruzan de brazos ante la miseria, esperando la muerte con el estoicismo heroico de los débiles. Empezamos á empeñar para vivir, y los dos, animados por el noble deseo de inmolarnos en aras del bien común, batallábamos porque nuestras ropas fuesen las primeras en ir al sacrificio: yo había vendido mis dos sombreros y una sombrilla. Pedro se enfurecía y gritaba:

—¡Eso no está bien! Anteayer empeñaste tu traje negro; mañana me corresponde empeñar á mí ¡No seas egoista!

Lo decía sinceramente, disputándome enardecido el honrado placer del sacrificio. Yo alegaba, para tranquilizarle, buenas razones: él, que necesitaba ir á la Universidad, debía vestir decorosamente; to-